

“La agonía antillana”

(El imperialismo yanqui en el Mar Caribe)

DE su viaje por las Antillas Mayores—Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba—ha hecho Luis Araquistain un interesante libro. Observaciones, impresiones, ideas, de todo hay en este libro del perspicuo periodista español, cuya fina pupila y percepción y penetración intelectual gozan de tan justo crédito en los países hispanos.

Según sus propias palabras, este libro pretende ser un ensayo de hispanoamericanismo crítico:

«Hasta ahora, en el diálogo entre españoles e hispanoamericanos, se ha abusado de los afectos amables u hostiles y se ha ejercitado poco la inteligencia crítica. En el menosprecio como en la estimación, los juicios han sido demasiado globales, demasiado genéricos, sin advertir los que hablaban de España, en bien o en mal, que hay muchas Españas existentes, y que es estúpido medirlas a todas con el mismo rasero; error en que han caído también casi siempre los apologistas como los detractores españoles de América, ignorando que hay muchas Américas y, dentro de cada República, muchas repúblicas y muchos hombres discordes, y que es necio enjuiciar todo el continente hispánico, y cada país, con la misma lisonja o la misma invectiva».

Hasta ahora se ha querido hacer un hispanoamericanismo sobre la base de mutuas y estériles zalamerías y vanos vituperios, hispanoamericanismo que arrastra una vida lánguida y que sólo causa cierta animación alrededor de las fiestas de la raza y banquetes diplomáticos. Ha saltado en él el espíritu crítico, que es diferenciación de méritos o deméritos individuales y nacionales.

«Y el pecado mayor lo han cometido los españoles, creyendo en la mayoría de los casos que tenían el deber de ensalzar desmedidamente en público—aunque muchas veces se burlasen en privado—cuanto venía de América. Naturalmente, este desconocimiento o esta insinceridad hallaba dolorosas repercusiones en la conciencia crítica de los países de Ultramar, al ver cómo en España se elevaba a los cuernos de la luna lo que allí se diputaba fútil o pernicioso. Muchas reputaciones adquiridas artificiosamente en España, muchas loas injustificadas y, sobre todo, el silencio de muchos crímenes cometidos por algunos déspotas hispanoamericanos, han sido fatales para un hispanoamericanismo inteligente, es decir, crítico; es decir, severo con nuestras ineptias respectivas».

Indudablemente que no es posible construir una alianza espiritual sobre tales bases. Una verdadera amistad sólo puede existir cuando hay un reconocimiento previo de las virtudes y defectos de cada cual.

Un hispanoamericanismo así no era el que podía atraer a los hombres dotados de espíritu crítico, que veían y ven en él una simple farsa y no una durable y verdadera amistad entre España y los pueblos hispanos. Pero «ya es hora de dividir el hispanoamericanismo, de diferenciar un hispanoamericanismo que agrupe, o simplemente alie en espíritu, a los hombres de España y América que tengan una aspiración afín de libertad en todas las manifestaciones de la vida».

El libro de Luis Araquistain está dividido en tres partes: Puerto Rico, Santo Domingo-Haití y Cuba, en cada una de las cuales estudia o habla de aquello que vió y observó en su viaje. Aparte de aquellos capítulos dedicados a pintar ciertas costumbres, ciertos rasgos psicológicos de las razas que pueblan las Antillas Mayores, habla Araquistain de los fenómenos étnicos y económicos producidos en esas islas a causa de la dominación norteamericana. Esto es lo más importante del libro, lo más interesante de él, lo que más debe llamar la atención de los pueblos hispanos, ya que esos capítulos están llenos de enseñanzas y de advertencias que debemos aprovechar y oír. Entre ellos está el relacionado con la africanización de las Antillas Mayores, el desplazamiento de la población blanca por la negra, labor empezada por los ingleses, franceses, holandeses y dinamarqueses en sus respectivas posesiones del Mar Caribe.

y proseguida dignamente por los Estados Unidos. La africanización de las Antillas Mayores trae por consecuencia la destrucción de los gérmenes de la nacionalidad y civilización blanca, creando una población de negros sin sentido de independencia ni de nacionalidad, que reemplaza lentamente a los trabajadores de raza blanca, que no pueden competir con ella. El negro trabaja por cualquier jornal y resiste como nadie el sol tórrido en las plantaciones de la caña de azúcar.

Esta es hoy día la gran tragedia racial de Cuba: su creciente africanización. Mientras España mantuvo su dominio en ella, el peligro no existía, ya que los españoles se preocuparon siempre de mantener el predominio de la raza blanca, por medio de la propiedad individual que caracterizó al tipo de colonización española; pero cuando España se retiró, reemplazada por Norte América, otro fué el cantar. Para facilidad de su dominación económica y política, al gran imperio del Norte le conviene la población negra y le estorba la blanca, formada allí especialmente por españoles y descendientes de ellos. En el año fiscal de 1925-1926 se calcula que entraron en Cuba 18,505 haitianos y 3,667 jamaíquinos, y en el año de 1926-1927, 19,193 haitianos y 2,412 jamaíquinos. Total en dos años: 43 mil 777 negros. A estas cifras hay que añadir los que entran de contrabando y que algunos especialistas suponen que no bajarán de 40,000 anuales.

Las compañías azucareras (norteamericanas) que importan braceros están obligadas por la ley a devolverlos, terminada la zafra, a sus tierras de origen. Pero ¿que sucede? Que los negros se desvían hacia las poblaciones y jamás vuelven a su tierra; de lo cual resulta que al año siguiente se hace necesario introducir otro contingente de haitianos y jamaíquinos. A este paso, si un acontecimiento imprevisto y deseado no le pone atajo, y tomando en cuenta la facilidad de adaptación del negro, su conformidad con cualquier jornal y su terrífica proli ficidad, dentro de algunos años la isla de Cuba será abandonada por los blancos y en ella sólo quedará una inmensa población negra y amarilla, haitianos, jamaíquinos y chinos, que

vivirá tranquilamente, gobernada por la mano de hierro del gigante del Norte.

No menos interesantes son los capítulos destinados a estudiar la forma en que Norte América se ha ido apoderando de las Antillas Mayores; cómo se ha valido de todos los medios—falaces, tranquilos, violentos, audaces, legales o ilegales—para asentar sobre esas tierras su gran pie de conquistador; cómo ha comprado a los más débiles o a los más ambiciosos, cómo ha desterrado—por mano indirecta—a aquellos que se atreven a levantar la voz reclamando una amplia soberanía; cómo sus agentes, entre ellos el ya famoso National City Bank, se apoderan lentamente de las finanzas de un país, mientras las compañías yanquis absorben lentamente la propiedad de la tierra azucarera, comprándola a los desamparados e inermes isleños.

¡Y tantas cosas más!

Luis Araquistáin cree y no cree posible un despertar colectivo del sentimiento de independencia y soberanía en esos países. Mientras algunas veces lo afirma, otras se muestra pesimista, o, por lo menos, desesperanzado. Sin embargo, en todo el libro hay un aliento de esperanza, un dulce sentimiento fraterno de solidaridad en el dolor y en el anhelo de esos países aherrojados.

MANUEL ROJAS.